

# El papel de la escuela en el fomento de la lectura

**Teresa Colomer**  
Universidad Autónoma de Barcelona

Los seres humanos poseen una predisposición innata hacia las palabras, hacia su poder de representar el mundo, de simplificar y ordenar el caos mezclado de la existencia o de crear y expresar sensaciones, sentimientos y belleza. En el caso de la palabra como arte, sabemos que la literatura cumple funciones esenciales en el desarrollo y uso de estas capacidades, desde el primer desarrollo del lenguaje, a la forma en la que se intenta dotar de sentido a la realidad. La atención distanciada hacia el lenguaje aparece ya en los soliloquios de los pequeños en la cuna, repitiendo solos las cadencias de las palabras que han oído, en su insistencia por volver a saltar sobre las rodillas al ritmo de la canción o por volver a enumerar de forma personificada los dedos de la mano, en los personajes de ficción que mezclan en las historias inventadas de sus juegos o en fórmulas tipificadas, como los inicios o las formas verbales, que utilizan desde muy pronto para jugar contando.

La literatura infantil, tanto si los niños y las niñas la reciben de forma oral, como escrita, como a través de grabaciones y audiovisuales, constituye un instrumento culturalizador de primera magnitud que ninguna cultura ha dejado perderse. En su forma escrita, acceder a lo que dicen los libros es la razón más convincente para querer leer. Los niños y las niñas sienten curiosidad y placer por estas formas de arte y ficción. Éste es el auténtico motivo que puede convertirlos en lectores.

## Elegir bien los libros

Si nos planteamos el *por qué* leer antes que el *cómo*, escoger los libros de lectura pasa a ser esencial. En la actualidad y en nuestra sociedad de la abundancia, hay una enorme cantidad de libros que pueden hacer que los niños y niñas -y sobre todo los que llegan a la escuela desde una casa con pocos libros- sepan que leer vale la pena y que los libros también están hechos para ellos. Se trata de una verdadera "escalera" que ayuda a los pequeños a dominar formas cada vez más complejas de usos distanciados de lenguaje y de representación artística: tramas más complicadas, personajes más numerosos, perspectivas narrativas menos habituales, ambigüedades entre ficción y realidad, finales abiertos, géneros literarios cada vez más variados, etc. Los libros infantiles ejercen su labor ofreciendo una "barandilla", ya que se colocan a la altura de los receptores a la vez que tiran de ellos y les apoyan para que suban cada vez más alto. Hay que llenar las aulas con estos libros y desechar todos los cuentos y manuales que no ayudan a sostener la convicción de que hay muchos libros verdaderamente buenos que les esperan.

## Ayudar a leerlos

Sin embargo, seleccionar buenos libros no basta. Una condición imprescindible para convertirse en lectores es que los niños hayan tenido una ayuda abundante y sostenida para aprender a leer en el largo camino hasta su autonomía de la lectura. Los niños y niñas no están acostumbrados a fracasar cuando llegan

a la escuela. Pero aprender a leer se convierte en la prueba de que pueden aprender escolarmente o de que pueden quedar arrinconados. Hacia los ocho o nueve años los niños forman su autoimagen como lectores. Si aprenden con lentitud pierden el ritmo escolar de lectura. A menudo, los libros que se les ofrecen son demasiado largos para su habilidad. Se desaniman y los rechazan. Ofrecerles libros para niños más pequeños con la idea de que son más fáciles es un insulto para su inteligencia. ¿Qué es de los videojuegos, por ejemplo, va a esforzarse en leer para saber que "Anita fue con su mamá al zoológico"? Pero tenemos libros cortos con historias para "mayores", libros para primeros lectores que utilizan la imagen, la fragmentación en secuencias cortas o los recursos de repetición-variación para facilitar la lectura autónoma de unos niños y niñas que, hacia los seis años, tienen poca habilidad lectora, pero bastante capacidad para entender historias. O libros llenos de gráficos con información sobre temas que les interesan. Hay que hacer acopio de este tipo de libros, tenerlos ahí, con los otros, para que cada aprendiz de lector siga pensando que leer está a su alcance y que puede compartir los libros con los demás.

La confianza de los niños y niñas en su capacidad lectora también se mina prestando más atención a cómo leen que a lo que el libro explica. Tradicionalmente, la escuela se hallaba centrada en su cometido de enseñar a leer, inde-

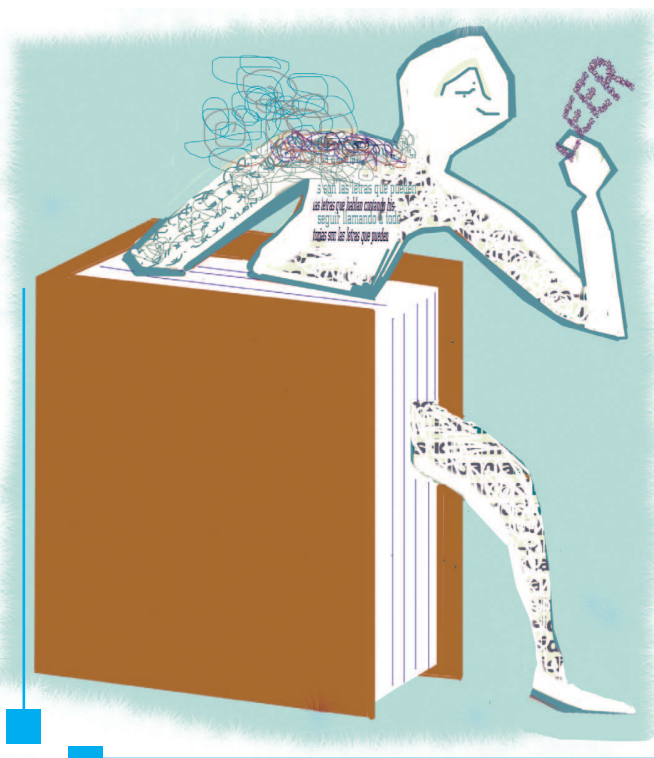
pendientemente de lo leído y con la idea de que ese aprendizaje se realizaba en los primeros niveles. Aunque eso ha cambiado radicalmente y se ha extendido la idea de que el aprendizaje supone una continuidad a través de todas las etapas educativas, muchas actitudes de los maestros perpetúan la concepción anterior. A partir de un cierto momento, cuando creemos que ya deberían leer mejor, somos muy impacientes con su lentitud y sus equivocaciones. Por supuesto que el niño sabe que está aprendiendo y que el adulto está interesado en eso. Pero si el adulto interviene para corregirle constantemente de manera que se pierde el hilo de la historia, si exige la palabra exacta aunque la que el niño ha dicho no altere el significado, si no hace comentarios sobre el texto sino sólo sobre la manera de leerlo o sobre la corrección de los ejercicios posteriores, el niño, además de sentir más lo que no sabe que lo que ya domina sobre la lectura, percibirá que lo que dice el libro no importa, que al adulto no le interesa. Los niños se esfuerzan en aprender si ello les acerca a los demás miembros de una "comunidad de lectores", les hace más capaces de compartir sus actividades e intereses. Lo que dicen los libros debería ser -y parecer- un buen motivo para esforzarse.

Por otra parte, si la interpretación de lo que dice el texto está gestionada sólo por el profesor o la profesora, los niños se acostumbran a dejar su mente en blanco a la espera de su revelación posterior. Compartir la lectura con los demás construyendo juntos el significado por aportaciones conjuntas es un buen motivo y un buen método para profundizar en la interpretación y disfrutar con la comprensión lograda.

### Distinguir el papel de cada instancia de ayuda a la lectura

En las últimas décadas, y en el otro extremo, la escuela ha adquirido una mayor conciencia de que el aprendizaje lector va indisolublemente unido al uso y disfrute "en presente" de los libros, de manera que promocionar la lectura y conseguir hábitos lectores se ha convertido en el objetivo sentido con mayor intensidad por parte de los educadores. *Fomentar, animar*, han pasado a ser palabras clave del trabajo de los maestros, que se han encontrado ahí con la concurrencia de otras instancias sociales, como las familias, los bibliotecarios, los animadores culturales y los planes de lectura de editoriales y administraciones.

Pero tras años de "animación lectora" hay que concluir que la posibilidad de acceder a la lectura y el consumo simultáneo y posterior de bienes culturales son dos cosas diferentes. Distinguirlo nos



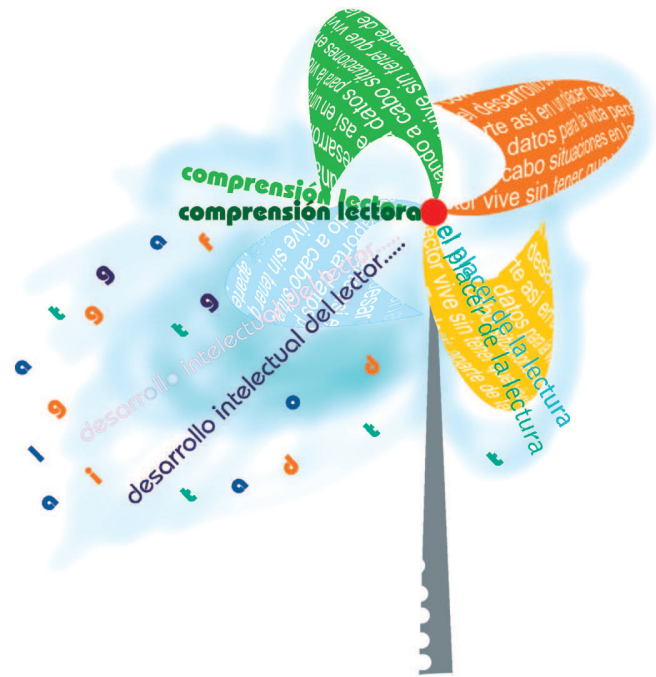
ahorraría, de entrada, el sentimiento de culpabilización de los maestros. La escuela proporciona el acceso a la lectura, pero en la percepción social aparece también como responsable de que ese aprendizaje se traduzca en hábitos estables cuando los ciudadanos y ciudadanas abandonan las aulas. Y cuando los índices de lectura social son bajos, los docentes se sienten inmediatamente cuestionados en su trabajo. Se trata, entonces, de analizar cuáles pueden ser los objetivos y responsabilidades de cada instancia para poder asumirlos y colaborar mejor en esa tarea. Sin ánimo de exhaustividad, podemos enumerar cinco ejemplos de los aspectos que sí debe asegurar la escuela, ya que pertenecen principalmente al ámbito de la educación escolar:

1. Enseñar a leer en el sentido amplio que se ha desarrollado en las últimas décadas. Ese sería el objetivo más en línea con la tarea habitual de la escuela, aunque puesto al día con todo lo que hoy sabemos sobre la lectura, desde el dominio del código al desarrollo de las habilidades de lectura, desde el conocimiento de los distintos tipos de textos a las operaciones implicadas en la comprensión y autocontrol de lo que el lector entiende en función de los objetivos de cada lectura, etc.

2. Asegurar la lectura de *libros de calidad* para todos, contribuyendo a establecer unos criterios sobre la jerarquía existente en los textos sociales. No todos los textos son igual de valiosos, aunque el lector vaya a hacer uso de ellos tal como le plazca según sus gustos, intereses y objetivos personales. Eso debe aprenderse en algún lugar y todo el mundo debe haber tenido la oportunidad de crear un horizonte de lecturas sobre el que proyectar e inscribir las propias.

3. Asegurar el conocimiento, aunque sea a distintos niveles, de algunos de los textos "clásicos" que sirven como *referentes colectivos* y que contribuyen a la cohesión de una colectividad. La función de "traspaso patrimonial" ha sido también uno de los encargos más sentidos por la escuela y no se trata de prescindir de él, sino de actualizarlo de forma reflexiva. Por ejemplo, teniendo en cuenta el grado de complejidad intercultural y de globalización de las sociedades actuales.

4. Enseñar cómo leer *textos inicialmente complejos* para el lector. Es decir, ofrecer la experiencia de lectura de textos lingüísticamente complejos y alejados temporalmente y mostrar cómo operar para entender los libros en profundidad y con espíritu crítico.



La lectura guiada es una actividad propia de la escuela que debe renovarse con lo que sabemos ahora sobre las formas de aprendizaje. Dar espacio a la construcción compartida o mayor protagonismo a los alumnos y alumnas no significa abandonar el papel de enseñarles qué es lo que tienen que hacer para entender un texto en profundidad

5. Asegurar una cierta *sistematización* sobre el funcionamiento social del lenguaje escrito y del sistema ficcional y literario. La escuela es el lugar apropiado para analizar, conceptualizar y adquirir esquemas mentales que organicen la comprensión explícita de cómo funcionan las cosas.

Hay un tiempo -poco más de diez años- y un número de obras -pongamos unas quinientas- para que los niños y niñas aprendan a leer y se conviertan en lectores frecuentes. En ese itinerario, ojalá los niños y niñas supieran que en la escuela hallarán una puerta de entrada a la lectura, tan ancha y gratificante como la necesitan. Y ojalá supieran también que, al mismo tiempo, la cultura en la que han nacido -su familia, la biblioteca, la librería, la comunidad, los medios de comunicación, el mercado editorial, etc.- les ayudará a vivir aprovechando -antes, durante y después del tiempo escolar-, ese maravilloso invento del escrito que les ofrece, entre otros, pero tal vez también sobre otros, el acceso a la literatura en las sociedades actuales.